

Cuentos & Cuentistas

Queridos vampiros, queridas vampiras

Queridos vampiros, queridas vampiras, me permito escribiros estas torpes líneas con el cristalino fin de reivindicar vuestra estirpe o vuestra raza, como se os catalogue, frente a las tergiversaciones que buscan y rebuscan símiles históricos con el afán, insensato, de haceros creíbles. Así, se esgrime el nombre de Vlad Tepes, llamado El Empalador, un señor feudal rumano que vivió en el siglo XIV perpetrando sevicias, de quien se dice que catava la sangre de sus enemigos. Error. Creo, firmemente, que vosotros sois el producto de la imaginación erótica popular, viva en embrión en las leyendas seculares. Un puñado de escritores, desde el siglo XIX, ha puesto en libros la quimera de esa relación de amor que alcanza alturas tales de desenfreno y pasión, que no se contenta con el placer sensual, sino que busca devorar al cuerpo amado, beber su sangre, alimentarse de esa carne exangüe y palpitante que yace inerte tras las profusiones amorosas. Es por eso, queridos vampiros, queridas vampiras, que vuestras proezas pertenecen al dominio de la verdad de la novela; pero, también y mucho antes, del cuento, transición entre la inasible tradición oral y su fijación en soporte literario. El amor carnal es el tema, sí, en todas sus formas, en la vida y en la muerte. Así lo pone Clemente Palma, peruano, en “Vampiras”, donde relata, en 1923, cómo un doctor socorre a un joven enflaquecido y pálido, al borde del deceso: “A poco de examinarlo observé que tenía manchas rojas en el pecho y en el cuello, y en este último sitio había una que sangraba ligeramente. A la

inspección de ellas comprendí inmediatamente que era el resultado de una succión brutal. Más de una vez había tenido ocasión de ver en los hospitales hombres y mujeres succionados, en virtud de ese salvaje sadismo en que degenera el amor en ciertos temperamentos”. Agrega, edificante: “No es raro que el amor y los intentos sanguinarios y feroces evolucionen paralelamente, y en muchas especies animales el amor es el antecedente de la muerte...”. Fue el inglés Bram Stoker, con su novela “Drácula”, de 1897, quien consolidó el canon de vuestras hazañas, pasando de la leyenda al mito: vuestro yacer durante el día en un sarcófago, la sed de sangre que os sobreviene durante la noche, la capacidad de transformaros en un murciélago, el poder repelente que la cruz ejerce sobre vosotros, el recurso a una estaca puntiaguda enterrada en el pecho para aniquilaros... El argumento de la cruz, como lo sabéis bien, es cardinal, y así lo ha relatado un señor John Haigh, conocido como “el vampiro de Londres”, que dejó en su “Confesión” un primoroso testimonio de cómo sus sueños lo llevaron a la horca: “El primer sueño del cual me acuerdo con precisión se remonta a la época en que formaba parte del coro de la catedral de Wakefield. De noche, en la cama, cerraba los ojos y volvía a ver el Cristo torturado sobre la cruz. Miraba el crucifijo en la iglesia, y a veces veía la cabeza coronada de espinas, a veces el cuerpo entero de Cristo, de cuyas heridas brotaba copiosamente la sangre... Y todavía no había conocido el sabor de la sangre”. El delirio de este desgraciado se va intensificando y en otra visión, “veía un bosque de crucifijos que gradualmente se transformaban en árboles. Me pareció ver primero un rocío o lluvia que chorreaba de las ramas.

Pero cuando me acerqué, comprendí que era sangre. De repente el bosque entero comenzó a inclinarse y los árboles goteaban sangre. Por los troncos se filtraba sangre. Las ramas destilaban sangre, roja y brillante. Me sentí débil, me pareció desfallecer. Vi a un hombre que iba recogiendo sangre de árbol en árbol. Cuando la copa que tenía en la mano estuvo llena, se me acercó. ‘Bebe’, me dijo”. Cuenta luego de esa “necesidad frenética e impulsora, ese gran llamamiento de la sangre que sentía”. Haigh fue colgado en 1949, habiendo decepcionado a sus piadosos padres, que le habían dado religiosa educación; al menos nueve personas fueron desangradas y luego diluidas en ácido sulfúrico por este eminente miembro de la casta vampírica. De todos modos, queridos vampiros y vampiras, nos obligamos a ser justos con quienes fueron precursores. El primerísimo texto de donde mana explícitamente la literatura vampírica es el cuento “El vampiro”, debido al alemán Polidori, que vio la luz en 1819. ¿Os acordáis? Su protagonista, Lord Ruthven, destaca por “el matiz mortal de su semblante, que jamás se coloreaba con un tinte rosado ni por modestia ni por la fuerte emoción de la pasión”. De todos modos causa estragos por igual entre adúlteras y vírgenes. Después se descubre que es uno de los tantos vampiros a los que leyendas griegas atribuyen el vicio de “alimentarse con la sangre de las doncellas para prolongar su vida”, y de quien los viejos comentaban que dejaba “niños marcados con la señal del apetito del monstruo”. Hay por cierto “un paraje donde los vampiros celebraban sus orgías y bacanales nocturnas”. De una de sus víctimas, este Lord Ruthven dice: “No había el menor color en sus mejillas, ni siquiera en sus labios, y en su semblante se veía

una inmovilidad que resultaba casi tan atrayente como la vida que antes la animara”. Así escribió Polidori, casi 80 años antes de “Drácula”. ¿Cómo nació el cuento de Polidori? Fue escrito con motivo del desafío que Lord Byron (gran aficionado a vosotros, queridos vampiros y queridas vampiras) formuló en el verano de 1816 a un grupo de amistades en Villa Diodati, de donde emergió nada menos que “Frankenstein o el Prometeo moderno”, escrito por Mary, la esposa del poeta Shelley. Polidori fungía de secretario privado de Lord Byron y no faltan quienes afirman que el cuento es obra del poeta y trotamundos inglés, y que el vampiro descrito no es otro que él mismo. Una moda se inició y muchos autores, gigantes y pigmeos, se produjeron con vampiros o vampiras. Dejarme recordar, con auténtico estremecimiento, a la “Berenice” de Edgar Allan Poe, a quien vimos aparecer en 1835; y a “La dama pálida” de Alexandre Dumas, que se sitúa en los montes Cárpatos y nos horrorizó en 1849. Pero esta carta se alarga, queridos vampiros y queridas vampiras, y deseo guardar espacio para encomiar lo que considero el pináculo de la literatura vampírica, el relato “Carmilla” de Sheridan Le Fanu, de 1871, fuente de inspiración directa del tan manido “Drácula”. Una de las más bellas prosas del siglo XIX, una historia de amores sáficos de envolvente erotismo, donde se mezclan el deseo de sangre y el ansia por la vida eterna. Como dice Carmilla a Laura: “Tú has de venir conmigo; has de quererme hasta la muerte. O puede que me odies, da lo mismo. Pero ven conmigo y ódiame a través de la muerte y del más allá...”. El padre de la seducida Laura lo expresa con alarma: “Estirpe malvada. Resulta difícil creer que incluso después de muertos sigan infectando a la

humanidad con su horrible concupiscencia”. ¡Bravo! Terminó. Podría nombrar muchas obras y autores que se ocuparon de rendiros homenaje, bien o mal, en la gran literatura o en el grosero pulp; sólo permitidme, queridos vampiros y vampiras, no dejar pasar un par de obras veneradas: el cuento “La casa evitada” (1937) de H.P. Lovecraft, quien rompió los remanentes del vampirismo gótico, persistente en la narrativa vulgar o en el cine, para replantearos en la época del materialismo, haciendo de vosotros no una leyenda sino la manifestación de las fuerzas oscuras que gobiernan el universo entero; y la novela “Soy leyenda” (1954) de Richard Matheson, vuestro manifiesto, bien lo sé, donde la leyenda ya no sois vosotros, sino el hombre, criatura autodestructiva que no tiene espacio legítimo en un planeta dominado por la raza más fuerte, por la estirpe más inteligente, por la casta verdaderamente indomable, por vosotros, queridos vampiros y queridas vampiras.